

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Is 66, 18-21; Sal 116; Hb 12, 5-7. 11-13; Lc 13, 22-30

Atravesaba ciudades y pueblos enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén. Uno le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan?" Él les dijo: "Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán. Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, os pondréis los que estéis fuera a llamar a la puerta diciendo: "¡Señor, ábrenos!" Y os responderé: 'No sé de donde sois'. Entonces empezareis a decir: 'Hemos comido y bebido contigo y has enseñado en nuestras plazas'. Pero os volverá a decir: 'No sé de dónde sois. ¡Retiraos de mí, todos los malhechores!'. "Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras a vosotros os echan fuera. Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios. Pues hay últimos que serán primeros y hay primeros que serán últimos."

Luego de haber celebrado la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María a los Cielos (también llamada Dormición de la Virgen María, en la Iglesia Oriental), este domingo retomamos el ciclo del tiempo ordinario, a través de la palabra escuchada la semana pasada el Señor nos ayuda a vivir deseando su Espíritu para que así como María en su sí (*fiat*), también nosotros sin reserva y sin ningún temor podamos poner nuestras vidas en las manos del Señor, para que Él nos enseñe a vivir en su voluntad.

En el Evangelio Jesús nos recuerda que todos estamos llamados a la salvación y a vivir con Dios, porque frente a la promesa de salvación no hay personas privilegiadas. Todos estamos invitados a pasar por la puerta estrecha de la renuncia y donación de uno mismo. También nos lo pone de manifiesto el profeta Isaías cuando expone el designio que Dios tiene de salvar a todos los hombres para hacerles partícipes de su gloria; y en la Carta a los Hebreos se nos exhorta a aceptar las pruebas como parte de la conversión necesaria para la vida del creyente y que procede de las manos de Dios, «...porque el Señor, a quien ama, le reprende...».

Al respecto nos dice el Papa Benedicto XVI: «...El Cristianismo no anuncia solo una cierta salvación del alma en un impreciso más allá, en el que todo lo que en este mundo nos fue precioso y querido sería borrado, sino que promete la vida eterna, "la vida del mundo futuro": nada de lo que es precioso y querido se arruinará, sino que encontrará plenitud en Dios. El mundo definitivo será el cumplimiento también de esta tierra, como afirma San Pablo: "la creación misma será liberada de la esclavitud de la corrupción para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Rm 8,21). Por tanto se comprende que el cristianismo dé una esperanza fuerte en un futuro luminoso y abra el camino hacia la realización de este futuro...» (Benedicto XVI, Homilía en la Solemnidad de la Asunción de María, 15 de agosto de 2010).

El interrogante que nos presenta el evangelio, hecho fundamental de la existencia, es la pregunta de los judíos: «...Señor, ¿son pocos los que se salvan?...», pregunta tan actual que no nos puede dejar indiferentes. Jesús no responde de manera inmediata o directa, sino que con sus palabras anima a quienes presentan la cuestión a desear el ser salvados. Esto significa también que la salvación no está reservada a una raza, o a un grupo determinado, sino que es para todos aquellos que acepten y crean en Cristo: «...Esforzaos a entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos serán los que busquen entrar y no podrán...».

Al respecto el Papa Benedicto XVI nos dice: «...Ante la tentación 'siempre actual' de interpretar la práctica religiosa como fuente de privilegios o de seguridades, evocando la exhortación con la que Jesús responde al que le pregunta «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán» (Lc 13,23-24), responde el Señor, insistiendo en que su mensaje contradice a los que se ilusionan con ser privilegiados, pues todos pueden entrar en la vida, pero todos por la puerta estrecha»: No hay privilegiados. El pasaje a la vida eterna está abierto a todos, pero es estrecho, porque es exigente, requiere empeño, abnegación, mortificación del propio egoísmo...» (Benedicto XVI, Ángelus, 26 de agosto de 2007).

En los tiempos en los cuales vivimos al hombre moderno, ante un mundo relativista, no le es fácil encontrar la puerta estrecha. No por casualidad en el evangelio de hoy en dos momentos repite la palabra: puerta. Luego del pecado original el hombre es expulsado del paraíso, de la vida divina, porque el pecado lo ha llevado a creer que puede gobernarse y ser dios de sí mismo, una expresión de esta situación de lejanía y de ruptura con Dios la podemos contemplar en su plenitud en el pasaje de la torre de Babel; pues hoy el hombre moderno, alejado de Dios o no viviendo radicalmente su fe en el Dios de Jesucristo, vive como en un moderno Babel. La puerta estrecha es la aceptación humilde, en la fe y en la confianza de la Palabra de Dios, de sus designios sobre nuestra persona, sobre el mundo y sobre la historia; es Cristo nuestro Señor «...ya no soy yo es Cristo que habita en mi...»

Las dos puertas nos pueden estar diciendo que son las dos alianzas que Dios ha pactado: una con el pueblo de Israel y la segunda alianza, que es la plena, con todos los hombres en Cristo. Pero estas dos puertas conducen al Único Dios de la vida. Por eso, en el evangelio de San Juan, Cristo dice que también debe apacentar a otro rebaño. Al respecto San Pablo dice que el verdadero judío no es aquel que nace de la carne o de la sangre, ni de la circuncisión, sino aquellos que se han hecho uno con Cristo, y como dicen los evangelios: «...quien quiera ser mi discípulo tome su cruz cada día y sígame...».

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar